Master Negative Storage Number

OCI00042.06

Los Secuestradores de Lucena

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 6

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.06

Control Number: ADT-1595
OCLC Number : 29673725
Call Number : W 381.568 H629 v.2 SECU
Title : Los Secuestradores de Lucena : hechos celebres del bandido Pedro Redondo y su cuadrilla.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Redondo, Pedro.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.)

LOS SECUESTRADORES DE LUCENA.



Hechos célebres del bandido Pedro Redondo y su cuadrilla.

MADRID.—Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

LOS SECUESTRADORES DE LUCENA.

CAPITULO PRIMERO.

Los bandidos en Andalucía.—Sus diferentes clases.—Lucena.—Los secuestradores.—Formacion de la cuadrilla.

Así como las montañas de Calabria, Andalucía, entendiéndose bajo esta denominacion los antiguos reinos de Granada, Sevilla, Córdoba y Jaen, ha estado siempre plagada de bandidos, si se esceptúan algunas cortas y reducidas épocas. Este mal tiene su punto de orígen, cual es, que el clima apacible y templado de Andalucía, hace á los hombres vagos, y como es sabido, de la vagancia al crímen no hay más que un paso.

Resulta, pues, que la naturaleza misma abre el camino del vicio, y de aquí se deduce, que no se puede encontrar medio alguno eficaz para conjurarle, si bien el celo de las autoridades puede disminuirle.

Los bandidos en Andalucía se dividen en diferentes clases; y así vemos que tan pronto ejercen la vida de los caminos hombres desprendidos como el célebre José María ó el famoso Diego Corrientes, y contemplamos con horror á monstruosos asesinos que solo tienen por móvil el verter la sangre humana como Pedro Redondo, jefe de los secuestradores de Lucena.

Esta poblacion, como es sabido, se halla situada en la provincia de Córdoba, y tiene cierta importancia, tanto por el número de su poblacion, cuanto por su industria y comercio. Pedro Redondo, vió en ella la luz primera, y desde pequeño mostró malévolas intenciones, dando pruebas de su mal corazon y de sus perversos instintos.

Era Pedro Redondo hijo de un honrado zapatero y de

una virtuosa mujer que habia muerto siendo Pedro muy jóven, por lo que se decia, que este habia ocasionado la muerte á su madre, pues esta falleció al propio tiempo de parirle.

Desde muchacho mostró Perico, como entonces le llamaban sus compañeros, un valor y una sangre fria dignos de un hombre avezado á las luchas y á los combates. Contínuamente se peleaba con los muchachos de la escuela en donde su padre le habia puesto para que aprendiese á leer, y hasta hubo ocasiones en que se atrevió con el maestro, llegando un dia á herirle de una tremenda pedrada.

El maestro, pues, se vió abligado á arrojarle de su establecimiento, y desde entonces, Pedro juró que se habia de vengar de él tarde ó temprano. En efecto, una tarde del mes de Mayo, el maestro salió al campo con objeto de visitar una finca suya. A su vuelta, ya se habia hecho noche, por lo cual el infeliz maestro, para entretener su miedo, se puso á cantar unas coplas del mejor modo que Dios le dió á entender. Esto fué lo que le perdió. Pedro Redondo que pasaba por allí, conoció la voz de su maestro, y reviviendo en su corazon todos sus antiguos ódios, dirigióse hácia él, y sacando un agudo puñal de su faja, lo hundió repetidas veces en el pecho de aquel hombre desgraciado, que no habia cometido más delito que cumplir estrictamente con su obligacion.

En seguida, Pedro Redondo marchó resueltamente á la ciudad, diciendo que en el camino se habia encontrado á su maestro completamente hecho pedazos el pecho á puñaladas. La justicia se dirigió inmediatamente al lugar del suceso, marchando á su frente el mismo Pedro, el cual habia desconcertado todas las sospechas que sobre él pudieran caer con su arrogancia y serenidad. Mas como la justicia divina halla medios en todas partes para castigar la criminalidad y vengar á la virtud injuriada, sucedió que cuando Pedro y la justicia llegaron al lugar del crímen, el maestro, que su asesino habia creido dejar bien muerto, se incorporó trabajosamente sobre sí mismo, y despues de declarar que Pedro era quien le habia herido, espiró en brazos del médico que habia acudido á reconocerle.

Juzguen nuestros lectores el efecto que causaria en el auditorio las palabras del moribundo. En el momento los alguaciles se apoderaron de Pedro, y despues de desarmarle le ataron, y al poco rato, el muerto y el asesino entraban en Lucena, siendo conducido el primero al hospital y el segundo á la cárcel, en donde fué encerrado en el más triste y húmedo de sus calabozos.

La sumaria que se le instruyó á Pedro, fué breve y bien pronto los tribunales condenaron á muerte al asesino. Solo faltaban muy pocos dias para que se verificase la ejecucion, cuando se supo en Lucena que en sus alrededores se habia levantado una partida de secuestradores, los cuales se disponian á entrar á saco en la ciudad. Con este motivo, las tropas que en ella existian, tuvieron que salir al campo á perseguir á los criminales, y la ejecucion de Pedro tuvo que dilatarse más tiempo del que fuera necesario.

La actitud de Pedro en la cárcel era resignada, y más aún desde que le fué notificada su sentencia de muerte. Mas cuando llegó á sus oidos la noticia de que la poblacion habia quedado desguarnecida, su semblante se animó, y una vaga esperanza cruzó por su pecho.

Trascurrieron cuatro dias, y una mañana que el calabocero entró en la prision de Pedro para llevarle el almuerzo, este se lanzó sobre él, y sujetándole por la garganta, se la apretó de tal manera, que el infeliz calabocero quedó ahogado entre sus manos. Despues Pedro le desnudó tranquilamente, y cubriéndose con estas ropas, abandonó la cárcel sin que nadie le dijese una palabra, saliendo á poco de la ciudad y dirigiéndose á la sierra de Córdoba.

Ya allí, se enteró del punto en donde se hallaba la partida de secuestradores que tenia aterrados á todos los pueblos del contorno, y hácia allí se dirigió con ánimo sereno y como hombre que pretende imponerse.

Una mañana, se dirigió á un barranco oculto bajo grandes jarales, y apenas hubo penetrado en él sintió que le daban el quien vive, al cual contestó, viéndose á poco rodeado de doce hombres de horribles fisonomías, armados de sables, trabucos y pistolas.

CAPITULO II.

Primeras hazañas de Pedro.—Margarita.—Reyerta con el capitan.—Pedro es elegido jefe.

Pedro Redondo avanzó resueltamente hasta colocarse en medio del grupo y dijo: que habiendo dado muerte á dos hombres, y no pudiendo vivir por este motivo entre las gentes honradas, deseaba que le admitiesen en la cuadrilla, pues tenia corazon para hacer lo que hiciese cualquiera de sus individuos.

El capitan de los secuestradores, que era un hombre de unos cuarenta años, díjole, que desde luego aceptaba su compañía, pero que no por eso ocuparia puesto entre su gente, hasta que vacase alguno; pues él, á semejanza de los niños de Ecija, nunca tenia á sus órdenes más que á veinte valientes que estuviesen probados en las luchas.

Pedro admitió la proposicion, y desde entonces abrigó la idea de que él llegaria á ocupar el puesto de capitan, pues la vida le importaba muy poco, y estaba dispuesto á arriesgarla siempre que se le presentase motivo.

Aquella noche, los bandidos robaron á la diligencia de Córdoba, y Pedro fué el que más se distinguió en este hecho, si bien es verdad, que de un combate que tuvo con un militar que iba en el coche, resultó con una herida grave en un brazo, lo cual no impidió para que continuase al lado de sus compañeros.

Uno de estos murió en la lucha, por lo cual Pedro ocupó su puesto, entrando entonces á saber todos los secretos de los bandidos. Estos tenian un subterráneo á media legua de Lucena, el cual llegaba hasta la poblacion, desembocando en el patio de una de las casas más principales de la ciudad, cuyas llaves tenian los bandidos.

De esta manera, burlaban perfectamente la accion de la justicia, y en el subterráneo ocultaban á los infelices que

secuestraban, ínterin las familias de estos no satisfacian las sumas que pedian por su rescate.

La entrada del subterráneo estaba cubierta por malezas y breñas de tal manera, que era menester ser muy práctico en el terreno y conocer detalladamente sus accidentes para dar con ella. Cuando las tropas y migueletes perseguian tenazmente á los bandidos, estos se refugiaban en el subterráneo y nadie daba con ellos: y era fama que un sacristan de una de las iglesias de Lucena, estaba en combinacion con los ladrones, y les daba aviso tanto de las personas que iban á salir de la poblacion, cuanto de las que á ella se dirigian para que las secuestraran. Este sacristan se llamaba el tio Lechuguino y era muy mal mirado por la poblacion, la cual veia en él un avaro cuando menos.

Sucedió por esta época, que se dispuso á marchar á Granada un rico propietario de Lucena, llamado D. Juan Montoya, acompañado de su bella hija Margarita, la cual iba á contraer matrimonio con un acaudalado comerciante de aquella ciudad, cuyo nombre era D. José Bedmar. La noche antes de emprender la marcha, D. Juan cargó perfectamente sus pistolas y lo mismo hizo con un pequeño retaco que trataba de colocar á la grupa del caballo. Preparado de esta manera, al dia siguiente, apenas comenzaba á clarear, don Juan montó en su caballo y colocando á su hija en otro, ambos tomaron el camino de Granada, el cual serpentea por las faldas de la sierra hasta que se une á la carretera general que enlaza á Granada con Córdoba.

Sin circunstancia alguna digna de contarse, trascurrieron dos horas, y ya la mañana estaba bien entrada, cuando al volver un recodo, un hombre, trabuco en mano, salió al camino y dirigiéndose al caballo de Margarita le sugetó por la rienda. La jóven dió un grito á tiempo que su padre disparaba su pistola contra el bandido, cuyo sombrero voló por los aires, atravesado por dos balazos.

Entonces, de entre las matas salieron otros dos hombres, los cuales se apoderaron inmediatamente de D. Juan, y obligándole á bajarse del caballo, le ataron á un árbol.

El bandolero que sujetaba el caballo de Margarita, le

dijo á esta que nada temiese y con suma finura hincó una rodilla en tierra para que la jóven se apoyase en ella al descender de su cabalgadura. Aquel hombre era Pedro Redondo, el que desde el momento en que vió á la jóven, quedó prendado de su hermosura. Margarita, por su parte, no tembló siquiera al ver al bandido, y contentóse con hacerle una indicacion para que no le hiciesen mal alguno á su padre.

Al efecto, Pedro Redondo se dirigió á D. Juan, y saludándole con cortesía, le dijo que quedaba libre, pero no así su hija, la cual quedaria prisionera, hasta que su novio pagase el conveniente rescate. Los bandidos tenian magníficos espías y con su ayuda sabian detalladamente lo que pasaba en Lucena.

Margarita pareció conformarse con su suerte; pero no así su padre, el cual rabió y pateó de lo lindo, hasta que tuvo que conformarse, y se separó de su hija con las lágrimas en los ojos, jurando por Dios y por su santa madre que su venganza habia de ser horrible.

En seguida los bandidos volvieron á colocar á Margarita sobre su caballo, y todos juntos echaron á andar barranco arriba y no se detuvieron hasta que llegaron á una modesta casa que se hallaba en el fondo de un valle, en la cual todos los bandidos se hallaban reunidos.

Pedro Redondo hizo una narracion sucinta al capitan de todo lo que habia ocurrido, y despues que este se hubo enterado, propuso que se sortearan todos á ver á quien le correspondian Margarita, á lo cual se opuso Pedro Redondo, diciendo que el que pusiese sus manos sobre la jóven, le habia de costar la vida. Amoscóse el capitan y con fiero continente se adelantó hácia Pedro, el cual desenvainando rápidamente su puñal, le hundió en el corazon del capitan. Calló este al suelo bañado en su propia sangre, y los bandidos, movidos por un extraño terror, comenzaron á gritar ¡viva Pedro Redondo!

Desde aquel dia, nuestro héroe quedó convertido en capitan de secuestradores.

CAPITULO III.

Conversacion de Pedro con Margarita.—Confesion de esta.—Sus amores.—Juramento de Pedro.

Apenas el nuevo capitan quedó reconocido por su gente, se presentó á Margarita que entre inquieta y tranquila le aguardaba en la más retirada habitacion de la casa, y le contó todo cuanto acababa de pasar. La jóven le dió las gracias por el interés que por ella se tomaba, y díjole que esperaba que su honor seria respetado mientras estuviese entre ellos, á lo cual asintió Pedro Redondo, jurándola que nadie se atreveria siquiera á mirarla con malos ojos ínterin él viviese. Despues le manifestó, que si le era odiosa su compañía jamás se presentaria á ella, aun cuando gozaba mucho al hablarle, pues él, que no habia sentido cariño hácia nadie, experimentaba por ella una especie de pasion que no le dejaba sosegar cuando no la veia.

Margarita contestóle al bandido que se hallaba muy bien en aquella casa, pues si volviese á la de su padre este le volveria á hacer que marchase á Granada para unirse con un hombre á quien aborrecia de muerte.

Y en seguida rogóle la jóven á Pedro que solamente hiciese llegar á oidos de su padre que se hallaba buena y dichosa, para que este no padeciese temor alguno respecto á su suerte.

De esta manera trascurrieron dos dias, hasta que una noche volvió á presentarse Pedro á Margarita, y le dijo que tenia noticias de que al dia siguiente llegaria á Lucena su prometido D. José Bedmar, el cual, con una compañía de escopeteros que pensaba organizar á su costa, trataba de buscara. El bandido añadió en seguida, que si ella no se oponia él saldria al camino y de grado ó por fuerza se apoderariadel D. José y le daria muerte, pues de imaginarse tan solo que la amaba sentia hervir los celos en su corazon.

Margarita agradeció al bandolero el interés que por ella se tomaba y le rogó que no matase á Bedmar, sino que se apoderase de él y le encerrase para que no pudiera perseguirlo.

Pedro comprometió su palabra en hacerlo así, y despues le dijo á la jóven, que desde el punto en que lo viera la amaba, y que si ella correspondia á su palabra, él pediria indulto, y si se lo concediesen, se retiraria con ella á la ciudad, en donde viviria hecho un hombre honrado.

Sonrióse Margarita, y contestó que ella correspondia á su cariño, y que por lo mismo no hiciese daño alguno á Bedmar para que su indulto no hallara esta nueva dificultad.

Pedro afirmó que así lo haria, y despues prestó á la jóven el juramento solemne de que siempre la amaria, aun cuando á ello se opusiesen todas las personas de la tierra.

Y despues marchó á unirse con su gente, que le aguardaba al pié de un cerro, en cuyo punto les habia dado cita su capitan. Pedro se presentó á ella y los llevó á una venta que existia sobre la carretera de Granada, y los convidó grandemente; dando pruebas de la alegría que sentia su corazon. Pero Pedro estaba preocupado á pesar de su contento, y como los suyos lo advirtiesen, él entonces les dijo que amaba á Margarita y que pensaba retirarse de la vida del camino.

Uno de la cuadrilla, llamado el Gatuno, sin duda porque sus facciones tenian mucho parecido con las del gato, se rió de los buenos propósitos de Pedro, el cual, le rogó que no se burlase de él, pues le podia costar muy cara su chanza. El Gatuño, que ambicionaba ser jefe de la cuadrilla, insistió en su burla, por lo que Pedro dióle una bofetada tremenda, á la cual contestó su adversario dándole una terrible cuchillada en el brazo que se lo traspasó de parte á parte.

Sin embargo, Pedro era hombre que no se dejaba sorprender fácilmente, y así es que revolviéndose de repente, disparó sobre el Gatuno una de sus pistolas, cuya bala fué á atravesar la cabeza del bandido, el cual lanzó un quejido y extendiendo los brazos cayó al suelo para no volverse á levantar.

De esta manera inesperada todos los planes honrados de Pedro Redondo cayeron por el suelo, pues mal podia pedir indulto un hombre que acababa de matar á uno de sus semejantes.

Puesto en esta pendiénte el bandido, se dió palabra á si mismo de no retroceder en su carrera de crímenes, y así lo notificó á sus subordinados, los cuales acogieron esta declaracion con frenética alegría, porque todos amaban á Pedro entrañablemente, pues nadie como él sabia disponer los golpes de mano y ninguno le aventajaba en valor y bizarría. Además, Pedro era un escelente tirador, y sabido es que muchas veces del resultado de un balazo depende el éxito de una operacion.

Así las cosas, Pedro dispuso lo conveniente para que al dia siguiente D. José Bedmar cayese en su poder. Ocultó dos centinelas á orillas del camino, y él con las demás gente se decidió á aguardar en la venta á que llegase el que esperaban.

Los bandidos enterraron en seguida el cadáver del Gatuno, y Pedro, segun costumbre de casi todos los bandoleros, rezó sobre la fosa tres Padres nuestros, tres Ave-Marías y tres Gloria-Patris.

Despues se retiró á la venta, en donde una hija del amo, muy lista en el arte de curar, le reconoció la herida y le aplicó á ella unas gotas de bálsamo verde, ligándosela en seguida con sumo cuidado.

Aquella noche la pasó Pedro sumido en una horrible calentura; pero á la mañana siguiente, apenas apareció el sol, despertó á su gente y se trasladó con todos ellos al lado del camino, cerca del sitio en donde habia apostado dos centinelas el dia anterior.

A la media hora, sonó un silbido, lo cual indicaba que se acercaba alguien.

CAPITULO IV.

Secuestro de D. José Bedmar.—Brava defensa de éste.—Es conducido al subterráneo.—Su evasion.—Su muerte.

Pedro se dirigió á la orilla del camino, y en efecto vió que avanzaba por medio de él un hombre, montado en un hermoso caballo negro y precedido de cuatro escopeteros. Volvióse á ocultar el bandido, pero este hecho fué notado por el ginete, el cual descolgó la escopeta que pendia de la grupa, y la montó colocándosela sobre el brazo izquierdo y oprimiendo la llave con el derecho.

Cuando D. José (pues él era) llegó al punto en donde se ocultaban los bandoleros, sintió que le daban el alto, pero no haciendo caso prosiguió su camino con gran tranquilidad. Entonces, de entre las matas, salieron algunos tiros, lo cual hizo que el caballo se espantase y comenzase á dar botes tremendos hasta que arrojó al suelo á Bedmar. Este no soltó la escopeta, pero con el golpe se le disparó, yendo á clavarse una de sus postas en la frente de uno de los escopeteros, el cual cayó en tierra arrojando un caño de sangre por la herida.

Reuniéronse los demás escopeteros á D. José, y todos juntos se replegaron al lado del camino, á punto que se presentaban en él Pedro Redondo y su gente. Entablóse en seguida un contínuo tiroteo, el cual duró cerca de una hora. D. José y su gente, ya sin municiones, resolvieron continuar la lucha con los cuchillos, y así sucedió en efecto, trabándose un encarnizado combate, que terminó con la muerte de los tres escopeteros y de cuatro bandidos.

Don José, aunque herido en el muslo, continuaba resistiendo, pero Pedro Redondo de una hábil manera, y despues de mandar á su gente que se apartase, le quitó la escopeta y le hizo prisionero atándolo en seguida fuertemente.

Los bandidos recogieron los muertos y los apartaron á

un lado del camino, y recobrando el caballo, montaron sobre él á D. José y se internaron en el monte, dirigiéndose á la entrada del subterráneo. Ya en este lugar, los bandoleros se dirigieron á la casa del valle en donde vivia Margarita, y Pedro Redondo, solo con D. José, comenzó á entrar en la mina.

Era esta un espacioso camino abierto á pico en el corazon de la sierra, pero que tenia respiraderos, por los cuales penetraba una débil claridad que era bastante para dar luz al subterráneo.

Largo tiempo caminaron D. José y Pedro de esta manera, hasta que llegaron á una especie de rotonda, más oscura y lóbrega que lo demás de la mina. En aquella especie de habitacion habia una mala cama y un cántaro con agua.

Pedro dijo á D. José que allí estaria preso hasta que solemnemente renunciase á la mano de Margarita y le entregase diez mil duros por su rescate. Despues le dió bálsamo para que se curase sus heridas, y cogiendo una cuerda que pendia de la pared subió por ella valientemente, ínterin el pobre Bedmar quedaba entregado al más atroz delirio.

La cuerda, por la cual habia subido Pedro Redondo, estaba sujeta á una especie de abertura, en la que se detuvo el bandido, recogiendo la cuerda y arrojándola por la parte de dentro.

Despues, el jefe de los secuestradores se dirigió á una escalerilla que se abria á su derecha, y subiendo por ella se halló en breve en un gran patio casi cubierto de yerba. Dió dos palmadas y ante sus ojos se presentó como por encanto la escuálida figura del Lechuguino, el cual le abrazó con indecible alegría.

Era ya de noche y nuestros personajes se trasladaron á la cocina, en donde al amor de la lumbre estuvieron bebiendo vino de Montilla.

Pedro dijo al Lechuguino que en la cueva acababa de dejar á D. José Bedmar y que le cuidase con esmero; pero que si alguna vez trataba de insurreccionarse le propinase una buena dósis de estacazos.

Poco tiempo despues Pedro abandonaba la casa del Le-

chuguino, y atravesando las principales calles de Lucena con un valor digno de mejor causa, se dirigia á casa de un amigo, el cual le dijo que se saliese de la ciudad, pues aquella mañana habia salido á perseguirle D. Pedro Montoya, padre de Margarita, acompañado de una buena compañía de escopeteros. Además supo Pedro que su cabeza estaba pregonada, habiendo ofrecido el corregidor mil duros á aquel que le presentase muerto ó vivo.

Poca sensacion causaron estas noticias en el ánimo de Pedro, pues al echarse al monte, tambien se habia echado el alma á la espalda. Lo único que le afligia era la situacion de Margarita, á la cual amaba entrañablemente, siendo quizás la única persona contra quien su corazon no habia experimentado ódio.

Pedro Redondo no era un ladron vulgar: por el contrario, le agradaba la lucha más bien que la sorpresa, y así es que cuando su amigo le comunicó que su cabeza habia sido pregonada, se juró á sí mismo hacer guerra á muerte á los escopeteros, miñones y migueletes que le persiguiesen ó no le persiguiesen, y resolvió no dejar con vida á ninguno que cayese en su poder.

Y resolviendo poner en seguida en práctica sus ideas, volvió á casa del Lechuguino, y bajando con él á la abertura que comunicaba con el subterráneo, llamó á D. José Bedmar, el cual, apenas hubo contestado, sintió una fuerte detonacion al par que una bala se estrellaba sobre su cabeza. Pedro le habia hecho fuego desde arriba: pero Bedmar, demasiado cuco, resolvió engañarle, y así es que lanzó un quejido y se arrojó al suelo murmurando: ¡me han muerto!

Despues nada sintió ni vió. Su estratagema habia producido el efecto apetecido.

Levantóse, y con gran placer suyo, lo primero que tocaron sus manos fué la cuerda por la que habia subido Pedro, que este, sin duda por una imprevision, habia vuelto á arrojar al fondo.

Don José cogió el cabo, y haciendo un esfuerzo inaudito, comenzó á trepar para arriba, y bien pronto se halló en el patio que ya conocen nuestros lectores.

Ya en este sitio, fácil le fué dar con la puerta, que según sus cálculos debia dar con la calle; y ya iba á abrirla, cuando resonó un tiro y D. José Bedmar rodó por el suelo cadáver.

El que habia disparado era el Lechuguino, que habiendo sentido ruido se asomó á una de las ventanas del patio, á punto que D. José salia del subterráneo.

Cuando el sacristan bajó á reconocer el muerto, llamaron á la puerta de la calle con gran estrépito.

CAPITUTO V.

Aventuras del Lechuguino.—Se une con Pedro.—Desaparicion de Margarita.—Batalla con Montoya.

La que llamaba era una ronda que pasaba por la calle á tiempo que el Lechuguino disparaba sobre Bedmar, y atraida por el ruido trataba de averiguar su causa.

El sacristan no respondió al primer llamamiento, ni al segundo, ni al tercero; por lo cual, hecha la intimacion de costumbre, sintió que daban sobre la puerta grandes hachazos, con objeto, sin duda, de hacerla pedazos. Viendo, pues, el Lechuguino que su silencio no detenia los ímpetus de los alguaciles, marchóse rápidamente al subterráneo, no sin colocarse antes en el cinto una buena canana llena de cartuchos, y dos magníficas pistolas. Y en el fondo de la rotonda se detuvo, hasta que por la abertura que comunicaba con el patio distinguió luz y luego la cara de un alcalde de casa y córte que miraba con admiracion todo cuanto le rodeaba. Entonces el Lechuguino, con gran sangre fria apuntó al alcalde y dejó ir el tiro, el cual resonó como un cañonazo en aquellas profundidades.

Todos los curiales huyeron, escepto el alcalde, el cual rodó al fondo de la rotonda con el pecho atravesado.

El Lechuguino, no queriendo exponerse á nuevas aventuras, dirigióse en seguida á la mina y la atravesó á escape, saliendo al campo á punto que por aquel sitio pasaba Pedro

Rodeado, que como sabemos, se dirigia á unirse con su gente.

Contóle el Lechuguino todo lo ocurrido, y grande fué el sentimiento del capitan al saber que el subterráneo habia sido descubierto; pero conformándose con los hechos, ordenó al Lechuguino que con él se uniese á la partida, lo cual aceptó con gran contento el sacristan, pues al descubrir en su casa dos cadáveres, se hallaba en adelante comprometidísimo.

Así caminaron largo rato hácia la casita del valle; mas cuando ya se iban acercando á ella notaron un gran resplandor, el cual era producido por un incendio que en ella habia estallado. El dolor que experimentó Pedro fué grandísimo y ya iba á comenzar á correr para aproximarse más pronto al sitio del siniestro y enterarse de su causa, cuando de entre unas matas salió un hombre de su cuadrilla y le dijo que la tarde anterior se habia presentado en la casa Juan Montoya con su gente, y despues de haberse apoderado de Margarita la habia prendido fuego.

Entonces Pedro le preguntó que dónde se hallaba la partida, á lo cual contestó el bandolero que poco antes que don Juan llegase á la casa toda la gente se habia marchado al camino real, en donde regularmente se hallaria. Despues añadió que él lo habia presenciado todo, por la sencilla razon de haberse quedado rezagado, pues tenia una pierna herida.

En seguida ordenó Pedro al Lechuguino que marchase al camino real á avisar á la partida, pues se hallaba resuelto hasta meterse en Lucena con tal de volverse á apoderar de Margarita.

Era ya bien entrado el dia, cuando Pedro vió reunida á su gente, y despues de arengarla ordenó que nadie se separase del grueso de la compañía: y apenas hubo mandado esto hizo que se emprendiese la marcha hácia la ciudad.

Largo rato caminaron de esta manera, y ya el sol se hallaba muy alto, cuando los bandoleros que iban de vanguardia retrocedieron aceleradamente y dieron á Pedro aviso que á dos tiros de fusil se distinguia fuerza armada. El capitan ordenó que no se retrocediese, y bien pronto se vió que

lo que llamaba la atencion de la cuadrilla era una compañía de escopeteros que tambien los habia visto, y contra ellos se dirigia.

Pedro Redondo contó su gente y halló que podia disponer de veinte hombres decididos, y alentado por su amor, resolvió atacar á los escopeteros, aunque era doble su número.

Cuando ambas facciones se hallaban á tiro de fusil, el jefe de los bandidos se adelantó hácia los escopeteros con objeto de reconocerlos, y en efecto, vió que al frente de ellos se hallaba D. Juan Montoya, el cual, apenas distinguió á Pedro, gritóle que ya habia puesto á su hija en salvo y que allí se hallaba él dispuesto á castigarle rudamente.

A estas palabras, Pedro se volvió á su gente y ordenó comenzar el fuego, al cual contestaron los escopeteros, trabándose un combate formidable. Largo tiempo duró el tiroteo, y los bandidos tenian ya seis hombres fuera de combate y otros seis los escopeteros. Entonces Juan Montoya ordenó que parte de su gente comenzase á flanquear á los bandoleros, los cuales, apenas se apercibieron de esta operacion, comenzaron á retroceder lentamente hácia el monte, á pesar de que Pedro Redondo comenzó á insultarlos de la manera más grosera.

De repente una bala vino á clavarse en el hombro derecho de Pedro, el cual, rendido por el dolor, se unió á su gente, que continuaba retrocediendo. La noche comenzaba á extenderse cuando los bandoleros llegaron á las primeras lomas de la sierra, creyendo que se retirarian los escopeteros; pero el ódio de D. Juan hácia Pedro era mucho para que así lo hiciese.

CAPÍTULO VI.

Continúa la refriega.—El incendio.—Salvacion milagrosa de Pedro.—Planes de venganza.

Y, en efecto, los escopeteros internáronse en el monte

detrás de los ladrones, los cuales continuaban experimentando sérias pérdidas; tanto, que la mitad de la gente yacia por tierra. Viéndose, pues, los bandidos en tan terrible aprieto, y despues que el Lechuguino, de la manera que Dios le dió á entender, cerró su herida á Pedro Redondo, intentaron éstos prender fuego á la infinidad de atochas que allí existian, con objeto de interponer una valla entre ellos y sus perseguidores. Así se hizo, y bien pronto las rojas llamas se elevaron al espacio, formando horribles remolinos de fuego; pero Montoya se hallaba decidido á arrostrar todos los obstáculos que á su paso se interpusiesen, y así es que él el primero atravesó por entre las atochas inflamadas, las cuales, merced á un poco de viento que se habia levantado, se comunicaban el fuego de unas á otras.

Al cabo de media hora todo el monte era un verdadero volcan, por medio del cual se cruzaban las balas, llevando á todas partes la muerte y la desolacion.

Al cabo de este tiempo solo le quedaban á Pedro cinco hombres, los cuales los fué perdiendo lentamente, hasta que solo quedaron el Lechugino y él, que aún se hallaba dispuesto á resistir. Pero esta idea comenzó á combatirla el Lechuguino, porque no se acomodaba muy fácilmente á morir. Pedro se mostró al principio algo reacio; pero al fin hubo de ceder, en la persuasion de que más adelante bien podia tomar venganza de la mala pasada que le habian jugado.

Convencido ya de que debia retirarse de una carrera, se alejó del sitio del combate, ínterin el Lechuguino proseguia el fuego, corriendo éste á su vez hasta unirse con Pedro. Mas cuando ya los dos se hallaban dispuestos á esconderse en un lugar seguro que conocia el Lechuguino, se vieron rodeados de cuatro escopeteros, los cuales hicieron fuego sobre los bandidos, yendo una bala á atravesar el corazon del Lechuguino, á tiempo que Pedro hacia rodar á un escopetero de un tajo en la cabeza.

En seguida el capitan comenzó á correr con todo el aliento que le prestaba el miedo, y bien pronto se halló lejos de sus perseguidores; y reparando en una grande atocha que se alzaba en aquel punto, se metió bajo de ella, á punto que

llegaban los escopeteros, y creyendo que se hallaba más adelante, pasaban sobre él con la celeridad del rayo.

Dos horas permaneció Pedro bajo aquella mata salvadora, esperando á cada instante ser descubierto, pues varias veces estuvieron á su lado D. Juan Montoya y sus escopeteros. Cuando el jefe de los secuestradores se convenció de que ya se habian ido sus enemigos, salió de su escondite, y orientándose de dónde se hallaba, con sumo trabajo, se dirigió á una venta cercana, en donde fué curado y recobró nuevas fuerzas.

Al dia siguiente se disfrazó de fraile y se dirigió á Lucena, á punto que entraba en ella D. Juan de Montoya con su gente. Pedro vió á los que habian sido sus compañeros atasajados sobre burros, y tuvo valor para acercarse al primero, en el cual reconoció al Lechuguino, y de depositar sobre la bandeja que llevaba en el pecho una moneda de dos cuartos.

Pedro se dirigió casa de uno de sus amigos, y despues de contarle todo el suceso, le pidió que le reclutase gente, pues anhelaba tomar venganza de sus perseguidores. Y, en efecto, segun los deseos de Pedro, aquella noche se hallaban á sus órdenes diez hombres decididos, con los cuales sorprendió á cuantos pasaron por el camino real, robando la diligencia, en la que iba el obispo de Córdoba, siendo despojado de todas sus vestiduras y tratado groseramente.

Grande fué la sensacion que causó en Lucena esta noticia, pues todo el mundo se figuraba que Pedro Redondo habia perecido en la batida que habia dado en el monte Juan de Montoya. Este creia asimismo que el jefe de los secuestradores habia muerto, y que la causa de no encontrar su cuerpo no habia sido otra que la de haber ardido en el incendio del monte. Así es que cuando se supo definitivamente que Pedro Redondo habia vuelto al camino, comenzó á organizarse una batida como la anterior para exterminarle.

Cuando los preparativos eran mayores, se recibió un dia en Lucena una carta de Pedro, la cual iba dirigida á don Juan de Montoya, y en la que se le prevenia que dentro de breves dias marcharia á la ciudad por su hija.

Y cuéntese que Pedro, al lanzar este reto, no lo hacia

por vana fanfarronada, sino que, por el contrario, alentado por sus deseos de venganza, habia reunido mucha gente, con el objeto de que el golpe que diese fuese seguro y no como el anterior.

El jefe de secuestradores habia reunido bajo sus órdenes unos sesenta hombres bien armados y acondicionados, teniendo tambien diez de caballería, los cuales le prestaban grandes servicios, pues le trasmitian los partes sin dilacion alguna y le aprovisionaban de víveres y municiones.

En el capítulo siguiente veremos el resultado de esta operacion, la más terrible quizá que se registra en los anales del crímen, á pesar de hallarse llenas sus páginas de hechos horrorosos, condenados por Dios y los hombres.

CAPÍTULO VII.

Asalto de la casa de D. Juan Montoya.—Pedro vuelve á apoderarse de Margarita.—Valentía de ésta.

Trascurrieron ocho dias, y Pedro Redondo perfeccionaba en su imaginacion su plan de ataque, el cual queria definirlo bien para no hallar dificultades en su desenvolvimiento. Todas las noches, apenas el sol se ocultaba, marchaba á Lucena, y con sus amigos de confianza se daba á rondar la casa de Montoya y á estudiar los medios por dónde podria ser atacada.

Esto era difícil, merced á estar el edificio muy sólidamente construido, rodeado de una verja de hierro y defendido por fuertes y espesas rejas. Además, Pedro llegó á saber que dentro de la casa se quedaban á dormir todas las noches diez ó doce escopeteros, de los cuales siempre se hallaba uno de guardia; pero el capitan era hombre que no se abatía tan fácilmente, y así es que, despues de pensar mucho en el asunto, resolvió que paulatinamente, y todas las noches, se comenzase á abrir un subterráneo que fuese á parar al patio de Juan de Montoya.

Eligióse oportunamente la casa de un amigo, la cual se hallaba contigua á la de Montoya, y que tenian un gran corral, cuyas paredes eran sumamente altas. En seguida se comenzaron los trabajos con sigilo, y para no cansar á los lectores, diremos que á los ocho dias se hallaba abierta desde el corral al patio principal de casa de D. Juan una espaciosa galería de unas ocho varas de longitud.

Ejecutado ya este trabajo, Pedro decidió que el robo se verificase una noche, primero de Marzo, en la cual parecian haberse desencadenado todos los elementos. Llovia y relampagueaba con tal fuerza, que no parecia sino que el fin del mundo se acercaba.

Las calles de Lucena estaban completamente desiertas y las diez acababan de dar en la torre parroquial, cuando Pedro Redondo y su gente fueron entrando en la ciudad uno á uno para no infundir sospechas, trasladándose inmediatamente á la casa contigua á la de Juan de Montoya.

Muy en breve se hallaron todos los bandidos en el corral, y ya allí, Pedro dispuso que solo diez bajasen con él al subterráneo y entrasen en casa de Montoya, debiendo estar listos los demás por si ocurria algun evento desgraciado.

Así se hizo la operacion, con sumo cuidado, y al cabo de diez minutos Pedro y los suyos se hallaban bajo las baldosas del patio, al cual iban á saltar. Comenzóse á abrir un agujero, y con feliz resultado se llevó á cabo esta operacion, siendo Pedro el primero que saltó dentro, y despues los diez bandidos uno á uno.

En la casa reinaba un profundo silencio, y así es que muy en breve se hallaron los bandoleros en las habitaciones superiores. Registrando los dormitorios. Pedro encontró el de Margarita, y habiendo entrado en él se encontró con que la jóven no se habia acostado.

Entérala al instante de lo que se trataba, y Margarita con resolucion suma, cubrió su cuerpo con un ancho manton y se dispuso á seguir á Pedro. Este llamó á dos de sus hombres, y entregándoles á la jóven les ordenó que la condujesen al subterráneo, y que despues que hubiese salido de él la mitad de la partida marchasen al monte con ella y le aguar-

dasen en la Garganta de la Zorra, puente situado á unas tres leguas de Lucena, entre riscos inaccesibles y rodeado de un espeso monte de encinas por todos lados.

Cuando Pedro Redondo tanteó que Margarita con su gente habia ya salido de la ciudad, entonces se dirigió al sitio en donde él creia se hallaban los escopeteros, y hallóles efectivamente durmiendo en la bodega, en donde uno tras otro fueron maniatados y amordazados. Sin temor ya, de que nadie le molestase se dirigió al dormitorio de Juan de Montoya, y previniendo su trabuco entró en él resueltamente. El padre de Margarita se hallaba durmiendo con toda tranquilidad, teniendo al lado de la cama dos pistolas montadas.

Pedro se apoderó de aquellas armas, y despues de guardárselas en sus bolsillos, empujó fuertemente á D. Juan hasta que éste despertase. Cuando distinguió á Pedro á la luz de la lámpara que iluminaba la habitacion, no pudo menos de lanzar un grito de terror, aun cuando su corazon no era capaz de sentir los efectos del miedo.

Pedro, entonces, le saludó cortesmente y rogándole no gritase, pues en ese caso se veria precisado á hacer uso de su trabuco, le contó todo lo sucedido, y le dijo que no pensaba hacerle nada, sino, por el contrario, lo que deseaba era que fuesen buenos amigos.

Contestóle D. Juan que mal podia ser amigo el que le robaba su hija y no daba un momento de reposo; y que por lo tanto, lo que deseaba era tener ocasiones para acometerle y hacerle pedazos.

Pedro volvió á reirse y añadió: que él amaba á su hija con mucha ternura, y que si con sus influjos hacia que le indultasen, volveria á ser hombre honrado y se casaria con Margarita, la cual tambien le amaba.

Revolcóse D. Juan con una furia en su cama y dijo: que antes mataria á su hija que verla esposa de un criminal, y que si no se alejaba estaba dispuesto á gritar aunque le disparase un trabucazo.

A este punto llegaba la conversacion cuando en la casa resonó un horrible estampido que conmovió hasta los cimien-

tos del edificio. Pedro, sin poder detenerse, salió de la habitacion y se dirigió al patio, en donde halló á su gente conmovida por la causa que habia motivado tan general alarma.

CAPITULO VIII.

Continúa el anterior.—Reunion de los escopeteros.—Refriega entre estos y los bandidos.

Preguntóle Pedro á su gente que quién habia sido el que habia hecho fuego, pero nadie le supo responder. Todos habian sentido la detonacion, pero nadie sabia quién la habia producido.

En esto dejóse oir rumor de gente por la calle, y á poco volvieron á sonar fuertes detonaciones, las cuales se sucedieron con pasmosa rapidez. Pedro, viendo esto, se metió con su gente en el subterráneo, y despues de atravesarlo, llegó al corral, en donde encontró á su gente que se batia con un gran número de escopeteros que trataba de asaltar la tapia.

Entonces le dijeron los bandidos al capitan, que hallándose esperándole en el corral, despues de haber marchado la mitad de la partida con Margarita, sintieron que por la calle pasaba una ronda de escopeteros. Se callaron con precaucion, pero desde lo alto de una de las torres de la casa de Montoya dispararon un tiro, y á poco oyóse la voz de un hombre que decia á los escopeteros, que en la casa de Montoya se hallaba Pedro Redondo y su gente, parte de la cual se hallaba en el corral.

El que daba la voz de alerta era el escopetero que estaba de guardia en casa de Montoya, y el cual habiendo sentido gente en el patio, se asomó á él y vió á Pedro y á sus compañeros.

Explicado ya el motivo de las detonaciones, prosigamos nuestro relato.

La lucha se habia hecho general, y las ventanas y balcones de la poblacion comenzaban á abrirse y á llenarse de curiosos vecinos que se asomaban con el afan de saber cuál era la causa de aquel inesperado tiroteo.

La situacion de los bandidos se hizo al cabo de un cuarto de hora de lucha mucho más difícil; pues Juan de Montoya, que desde que Pedro se habia marchado de su habitacion habia tenido tiempo para prepararse y desatar á los escopeteros que yacian en la bodega, se acababa de asómar con ellos á su torre, y desde allí fusilaba impunemente á los bandidos de los cuales cinco habian regado el suelo con su sangre.

Así es, que Pedro resolvió jugar el todo por el todo, y tomando una resolucion extrema, mandó abrir las puertas del corral. En vista de esta accion, los escopeteros retrocedieron asombrados, y en el ínterin los bandidos subieron desordenadamente disparando sus trabucos sobre sus enemigos y sembrando la muerte y el terror entre ellos.

A un silbido de Pedro, toda su gente se reunió en la extremidad de la calle, y desde allí comenzaron á hacer una ordenada y enérgica retirada, pues la persecucion se iba haciendo sangrienta en extremo.

A las tres de la madrugada, los bandidos habian ganado las afueras de Lucena, y los escopeteros habian cesado de perseguirles. Pedró contó su gente, y halló que en la refriega habia perdido ocho, cinco que se quedaron en el corral y tres que sucesivamente habian ido muriendo en las calles.

El capitan, para contentar á sus subordinados, dispuso se dirigiesen al camino real de Granada, para estar en él á las seis de la mañana, con objeto de robar á los que por él pasasen.

Púsose la cuadrilla en movimiento, y aun no eran las cinco y media, pues el dia apenas habia comenzado á mostrarse, cuando los bandoleros se encontraban en la carretera, y elegian sitio en donde realizar sus proezas.

El primero que pasó por aquel lugar, fué un mercader ambulante de paños, el cual dejó entre las uñas de los ladrones, el caballo, la carga y todo el dinero que llevaba consigo, habiéndole sido propinada una excelente racion de pa-

los por haber insultado á los que de tal modo le trataban.

Despues sufrió igual suerte el correo de Córdoba, quemando los bandidos toda la correspondencia y apoderándose del caballo. Sin embargo, compadeciéndose Pedro del estado en que quedaba el pobre postillon, le regaló una onza para que refrescase en su nombre.

Era ya muy entrada la mañana, cuando vióse avanzar por medio del camino una soberbia galera tirada por cuatro magníficas mulas. Escondiéronse los bandidos al verla, pero cuando llegó al sitio en donde se hallaban se dió la voz de alto por Pedro. Mas el mayoral, que hubo de sospechar sin duda el motivo porque le daban el alto, hizo crujir el látigo, y el carruaje partió á galope. No habia recorrido diez varas cuando salieron varios tiros del flanco de un cerro, y casi de repente dos mulas cayeron al suelo, y la galera se detuvo.

Pedro se dirigió al carruaje, y echándose el trabuco á la cara obligó á los que iban en él á que saliesen al camino, como así lo hicieron, presentándose á la vista del capitan dos caballeros de noble aspecto, una señora ya anciana y una linda jóven vestida de blanco, la cual, segun dijeron, se dirigia á Granada á entrar en el convento de las Descalzas Reales.

Nada conmovió á Pedro, y así es que despues de apoderarse del dinero que iba en la galera y de las dos mulas que aun permanecian vivas, le quitó sus vestidos á las pasajeras dejándolas en ropas menores.

Entonces se cargó todo el botin recogido aquel dia, sobre las bestias que asimismo habian caido en poder de los bandoleros, y todos juntos marcharon á reunirse al resto de la banda, que como es sabido, se hallaba con Margarita en el Puntal de la Zorra.

Interin estos sucesos se verificaban, Juan de Montoya reunia gran número de escopeteros en Lucena, y se preparaba á salir al campo otra vez para vengar su honor injuriado y castigar á los soberbios bandidos, que desde hacia seis años infestaban aquellas ricas campiñas, llevando á todas partes la desolacion más inmensa y la ruina más grande.

CAPITULO IX.

Sorpresa de la partida.—Prision de Pedro.—Su proceso.

Cuando el jefe de los secuestradores con su gente llegó al Puntal de la Zorra, se encontró con que en aquel sitio no se hallaba ni Margarita ni el resto de la partida. Sobresaltado con este acontecimiento, ordenó que se registrasen todos los barrancos contiguos; pero este registro tampoco dió resultado alguno. Entonces se decidió á pasar la noche en aquel lugar, y á la mañana siguiente proseguir sus averiguaciones.

Se colocaron centinelas, y Pedro con el resto de la partida se retiró á descansar. Pero aun no habia hecho más que quedarse dormido, cuando sintió el ruido de gente que se acercaba, é incorporándose en el suelo, vió que eran dos bandoleros de los que desde Lucena habian marchado con Margarita.

Apenas estuvieron delante del capitan, comenzaron á gritar ¡traicion! ¡traicion! y despues que se hubieron repuesto, contaron al jefe que aquella misma tarde habian sido sorprendidos á dos leguas de Lucena por Juan de Montoya, que capitaneaba unos cien hombres. Dijeron además, que escepto diez hombres de la partida, los demás se unieron con la gente de Montoya, arrojando las armas desde que le distinguieron; y que los diez leales se habian batido como leones, hasta que ocho quedaron tendidos en tierra, pudiéndose salvar por milagro ellos dos.

Pedro preguntó por Margarita, y le contestaron que á aquellas horas se hallaria en su casa en Lucena, pues su padre la habia rescatado y enviado á la poblacion.

El capitan hizo en seguida levantar á toda su gente; pero entre tanto se verificaba aquella operacion, dejóse oir una detonacion, la cual fué seguida de otras várias.

De repente llegó un hombre al sitio en que se encontraba Pedro, y le dijo: que todo el puente se hallaba cercado de

escopeteros; pero esta noticia no arredró al capitan, el cual se hallaba dispuesto á resistir hasta el último trance.

Los bandidos que se hallaban de guardia, habian empezado á foguearse con los escopeteros, los cuales efectivamente tenian rodeado todo el Puntal de la Zorra y subian por él con lentitud, como si la idea de un triunfo positivo los animase.

Pedro dividió los treinta hombres que tenia en varios grupos, animándolos á todos con promesas pecuniarias, y prometiéndoles toda clase de recompensas y premios.

En breve, los escopeteros se hallaron frente á la cuadrilla, y entonces comenzó un fuego horroroso, el cual se prolongó hasta las doce de la noche, hora en que á los bandidos se les acabaron las municiones. Los escopeteros entonces volvieron á avanzar, y casi á boca de jarro comenzaron á fusilarles, y muchos cayeron á aquella primera descarga; pero otros comenzaron á pedir misericordia lanzando gritos de desesperacion.

Juan de Montoya, mandó entonces que los que quisiesen rendirse avanzasen dejando las armas en el suelo; y así se hizo en efecto, viéndose Pedro al poco tiempo solo y aislado. Resuelto, sin embargo, á vender cara su vida, ampárase en el tronco de una encina y desdoblando la hoja de una larga navaja, comenzó á retar á los escopeteros, pèro estos avanzando hasta apoyar los cañones de sus armas en el pecho, le obligaron á rendirse, atándole luego fuertemente.

De esta manera compareció Pedro ante su terrible enemigo, D. Juan de Montoya, el cual le dijo: que si en aquel encuentro no le fusilaba era porque queria entregarlo vivo á los tribunales de justicia, para que estos dictasen la pena á que se habia hecho acreedor por sus muchos crímenes.

Pedro se encogió de hombros ante la palabra de don Juan, y le dijo: que puesto que tenia que morir, le haria un gran favor en rematarle cuanto antes, dando de esta manera pruebas de caridad y misericordia.

Sonreiase D. Juan á su vez, é insistió en sus anteriores palabras. Y volviéndose á su gente mandó que se emprendiese la marcha hácia Lucena, toda vez que la cuadrilla que-

daba exterminada, hallándose preso su jefe Pedro Redondo.

A las nueve de la mañana, entraba en Lucena todo aquel bélico cortejo, y era de ver como hombres, mujeres y niños salian á las calles del tránsito para ver á Pedro Redondo, al cual, ademas de insultarlo groseramente y pedir su cabeza á grandes gritos, le pegaban y pinchaban con alfileres y agujas. Para librarlo del furor popular, tuvo Juan de Montoya que ordenar que le rodease una triple fila de escopeteros, siendo conducido de esta manera á la cárcel, en donde despues de sepultarle en negro y húmedo calabozo, se le cargó de cadenas.

Muy en breve la curia desenvolvió la antigua sentencia de muerte que se le impuso á Pedro, con motivo de haber asesinado á su maestro de escuela; y sobre este proceso se añadió otro, el cual fué sumariado con toda perentoridad, recayendo la sentencia que pidió el fiscal. Era esta la condenacion á morir en garrote vil, debiendo despues ser descuartizado, fritos en aceite sus pies, manos y cabeza, y colocados estos sangrientos despojos en las encrucijadas de los caminos.

Al mismo tiempo se ordenaba en la sentencia que el tronco del cuerpo fuese sepultado en el panteon de los ajusticiados, en una caja forrada de color de sangre, dando á entender, de esta manera, que habia sido ajusticiado por asesino.

CAPITULO X.

Fin de Margarita.—Muerte de Pedro Redondo.—Remate de esta verídica historia.

Considerando Juan de Montoya que su hija, guiada por una loca pasion, habia deshonrado sus canas, determinó expulsarla de su lado, y al efecto, apenas la restableció en su casa de Lucena, la llamó á su lado, y despues de inculparla

por su conducta, la dijo: que habia dispuesto que en adelante se fuese á vivir con una tia suya que habitaba en Granada; pues él no queria tener á su lado á una hija que tanto le habia injuriado.

Margarita no se sorprendió al oir á su padre, pues su propia conciencia le acusaba hasta de haberse faltado á sí misma. Sin embargo, sus ojos se llenaron de lágrimas, y dirigiéndose á D. Juan, con voz trémula, le pidió perdon por sus faltas, y le dijo que si queria volverla en un tanto la tranquilidad perdida, diese los pasos necesorios para que entrase en el convento de las Ursulinas de Córdoba, en donde se hallaba decidida á pasar el resto de sus dias, implorando la clemencia divina paraque tuviese compasion de ella.

D. Juan asintió á esta idea, y abrazando á su hija dijo que la perdonaba de todo corazon y que meditase largamente sobre lo que le habia dicho; pues, una vez instalada en el claustro, era imposible salir de él.

Margarita contestó que ya lo habia meditado todo, y que su mayor placer consistiria en entrar cuanto antes en el monasterio de las Ursulinas.

Tres dias antes que se verificase la ejecucion de Pedro Redondo, Margarita Montoya tomó el velo, desposándose con Jesucristo. Mas aquella noche sintióse acometida de un horroroso espasmo nervioso, el cual la produjo la muerte en la misma madrugada. Era seguro que los dolores internos de aquella jóven al sentirse avergonzada por su conducta habian minado su existencia de tal modo, que pereció al querer volver á la senda del bien.

Cuando Pedro Redondo fué puesto en capilla, su espíritu se acongojó, y aun puede decirse sin temor de que se nos desmienta, que tembló ante la muerte el que tantas veces la habia desafiado.

En la capilla se hallaban dos frailes agonizantes, los cuales le exhortaban á bien morir, poniéndole el ejemplo de que Jesucristo tambien recibió muerte afrentosa, espirando en una cruz y entre dos ladrones.

Pedro oia con cristiana devocion las palabras de los frailes, y de vez en cuando se arrodillaba delante de un cru-

cifijo que habia sobre una mesa, iluminado por dos velas amarillas y rezaba con gran fervor.

A las dos de la madrugada se durmió un breve rato, despertándose sobresaltado y volviendo nuevamente á rezar. De este modo les sorprendió el dia, y á las seis entró el verdugo en la capilla, y despues de pedirle perdon le puso la hopa negra de los sentenciados á muerte, colocándole despues los frailes sobre ella un escapulario de la Vírgen del Cármen y un crucifijo.

Era el momento en que todos los recuerdos de su vida se condensaban en su imaginacion; haciéndole comprender el triste axioma de que el que mal vive mal acaba: y como su fin estaba próximo, como ya no le quedaban sino escasos instantes de vida, experimentó ese natural terror, de que que ni los espíritus más fuertes puedan librarse, al ver que ha llegado la hora de la expiacion y del castigo.

Pedro, sin embargo, conservando un exterior severo, se propuso á morir cristianamente, y desde el momento en que se vió cubierto con el trage fatal de los sentenciados á muerte, solo pensó en prepararse al sacrificio.

Oyó misa con devocion, confesó y comulgó devotamente, y despues, los Hermanos de la Paz y de la Caridad le suministraron un modesto desayuno.

No quiso Pedro tomar nada; pero aconsejado por el médico de la cárcel, consintió tomar un poco de chocolate con bizcochos, «para conservar, como él decia, las pocas fuerzas materiales que le quedaban.»

Despues de aquel parco y triste desayuno, los mismos Hermanos de la Paz y de la Caridad le presentaron el fruto que habian recogido de las limosnas hechas durante el tiempo que habia estado en la capilla; pero Pedro no quiso disponer del remanente, sino ordenó que lo repartiesen entre los pobres.

Expresada de este modo su última voluntod, ya no hubo más que esperar la llegada del escribano, alguaciles y demás gente de curia que habia de asistir al terrible acto de la ejecucion de la sentencia. Como estos llegaron incontinenti, Pedro se levantó y dijo con voz certera:

—Vamos allá. Deseo salir pronto de este amargo trance.

A las siete se puso en marcha la fúnebre comitiva. Pedro bajó las escaleras de la cárcel sostenido por los dos frailes; y cuando el aire de la calle le dió en el rostro alzó la frente, que hasta entonces la habia tenido baja, y se inmutó al ver la multitud que se agolpaba para verle. Despues, recobrando en parte su tranquilidad, se montó en un borriquillo y se dejó conducir, sin desplegar los lábios, á la plaza pública, en donde se habia alzado el patíbulo.

Cuando llegó á las escaleras del cadalso se bajó del burro, y sereno subió hasta lo alto, en donde abrazó á los frailes que le habian asistido en la capilla y les rogó que le encomendasen á Dios, ante cuya presencia iba á comparecer.

Despues se dejó atar los piés y las manos por los ayudantes del verdugo, y de esta manera fué sentado en el fatal banquillo, desde donde gritó al pueblo que se apiñaba alrededor del cadalso:

—¡Rogad por mí, hermanos mios!

Y el verdugo le colocó la argolla, al par que uno de los frailes le hizo rezar el Credo. Cuando los lábios de Pedro barbucearon «su único Hijo,» el verdugo dió una vuelta al tornillo y la garganta del jefe de secuestradores de Lucena quedó hecha mil pedazos.

Pedro Redondo acababa de morir.

El verdugo sacó un pañuelo blanco y cubrió el rostro del ajusticiado. Los frailes se arrodillaron y rezaron un responso por su alma.

Aquella tarde al oscurecer, el verdugo y sus ayudantes bajaron del patíbulo el cuerpo inanimado de Pedro, y colocándole sobre una tabla de nogal, despues de desnudarle, le cortaron la cabeza, los brazos y los piés y los arrojaron en una gran caldera de aceite que hervia á unas dos varas de distancia. El resto del cuerpo lo entregaron á los hermanos de la Paz y Caridad, los cuales le condujeron al cementerio de los ahorcados, en donde le dieron cristiana y piadosa sepultura.

Una hora estuvieron hirviendo en la caldera los piés, manos y cabeza que pertenecieron á Pedro Redondo, y al

cabo de este tiempo fueron sacados y colocado cada miembro en jaulas de alambre, las cuales, como estaba mandado en la sentencia se habian de poner en las encrucijadas de los caminos.

En efecto, al dia siguiente, la cabeza quedó fijada en el camino real de Granada, un pié en el de Córdoba, el otro en el de Montoro, y las manos en el de Andújar. Estas últimas han estado en el sitio en que fueron colocadas hasta hace cuatro años, en que el gobierno mandó, por medio de una ley, recoger todos los despojos de los criminales esparcidos en los caminos, y darles sepultura en la fosa comun de los cementerios.

FIN.